



El disfrute del filosofar o la frustración de la filosofía: un desafío en la enseñanza superior

POR ROBERTO RUBÉN NASIMBERA

rnasimbera@gmail.com

¿Pero qué es Filosofía?

Para muchos profesionales, profesionales de la educación y estudiantes, la filosofía ha sido y continúa siendo considerada como una asignatura densa alejada de la realidad. Es decir, muy abstracta; por cierto, la filosofía es mucho más que eso, una asignatura, por el contrario nos invita a introducirnos en una aventura existencial que demanda una reflexión real sobre asuntos históricos. Algunas fuentes plantean que la filosofía estuvo signada en primera instancia por la poesía, el diálogo, el drama. Por la búsqueda de un principio unificador del universo con el intento de expresarlos por medios de aforismos. El concepto "filosofía" proviene del mundo cultural y lingüístico griego; desde el punto de vista etimológico la palabra está compuesta por dos conceptos: φίλος / ΦΙΛΟΪ (filo-amor), más: σοφία / ΣΟΦΙΑ (Sofía, saber), es decir "amor al saber". Sin embargo la filosofía es práctica en cuanto que es un hacer, más que un hecho, como bien ya señalaban los griegos, no estamos frente a un saber efectivo y realizado (*sophía*), sino frente a un saber en permanente indagación y cuestionamiento (*philo-sophía*). En consecuencia la filosofía no es un sistema perfectamente acabado y cerrado sobre sí, sino más bien como una apertura interrogativa constante en creciente realización.

¿Para qué Filosofía?

En materia educativa, la filosofía exige la superación reduccionista e instrumental de la praxis docente. Nos convida al debate, con lo cual nos provoca a pensar y tratar de quebrar el paradigma de la cómoda rutinización escolar. Dicho convite nos coloca en la necesidad de producir ideas sobre todos de aquellos fenómenos que ocurren en el



universo escolar, y en especial el denominado aula. El cual nos interpela desde lo antropológico, lo lógico, lo gnoseológico, lo sociológico, lo ético, lo político, al preguntarnos: ¿qué significa ser docente, qué significa ser estudiante/a?, surgiendo de tal manera cuestiones en torno a ¿qué contenidos?, ¿cómo enseñarlos? y ¿qué condiciones posibilitan un mejor aprendizaje?, implicando el análisis de temas ulteriores en referencia al uso de nuevas tecnologías, diseño de políticas educativas, la actualidad etc. Por ende, la filosofía nos presenta una plataforma conceptual y rigurosa para ensamblar un pensamiento propio, que resuelva o intente dar posibles soluciones a los problemas que se nos presentan a la hora de poner en juego nuestros argumentos pedagógicos. Por otra parte, las aportaciones de la filosofía con respecto al origen social del pensamiento permiten apoyar y desarrollar un método basado en el diálogo y en el perfeccionamiento del lenguaje. De ahí que se haga tanto énfasis en la idea de que para pensar bien, para pensar con claridad, hay que saber hablar bien, expresarse claramente.

Educación Para...

Los orígenes etimológicos del término educación, proceden del término latino educó.

“Sus dos raíces: una proviene del Verbo educare, que significa: nutrir, alimentar, guiar. Proporcionar lo necesario desde fuera Y la otra viene de la raíz educere, traducible por: educir, sacar, extraer. Es decir, sacar algo que está ahí” (García hoz, 1973:16 20)

De esta manera estos dos sentidos a simple vista aparecen en forma contradictoria, pero que deberíamos analizarlos en forma dialéctica. En el primero de los términos, se visualiza la necesidad del educador (desde fuera). Y en el segundo el relieve propio de autonomía del estudiante (desde dentro). Ambos sentidos ponen de manifiesto la relación intersubjetiva de la educación. Ya que, ninguna acción impulsada desde el exterior puede lograr su objetivo sin la predisposición humana que se moviliza desde su interior. Es decir, la presencia de libertades que se encuentran para el desarrollo de sus posibilidades.



Ahora bien, educación es un proceso liberador esencialmente humano, social y cultural, mediante por el cual nos apropiamos de conocimientos, valores, costumbres y formas de actuar. Es decir, su formación ciudadana y moral, transformándola en un ethos que se adquiere mediante el proceso educativo. Convirtiéndose en una especie obra teatral donde, somos actores y directores de nuestras vidas. En consecuencia posibilita la construcción de esquemas conceptuales, para hacer inteligible la realidad. Por ende transformar la misma, dar sentido a la autoliberación y autorealización humana.

Praxis Educativa.

En primera instancia, debemos hacer mención a la diferenciación que realiza Aristóteles, el cual distinguía tres clases de acciones que podía llevar a cabo el hombre: *teóricas (theoría)*, *prácticas (praxis)* y *productivas (poiesis)*. En dicha distinción nos plantea las que tienen por objeto “*lo necesario*” obedeciendo a leyes fijas, lo que no puede ser de otro modo y las que tienen otro objeto “*lo posible*”, es decir las cosas que dependen de la elección de quien las realiza. En consecuencia, tenemos dos tipos de acciones: en primer lugar las productivas, aquellas en las que la acción está dirigida a “producir” obtener algo distinto de la acción misma. Y en segundo las prácticas aquellas que no tienen otra finalidad distinta que la acción misma. Es decir la “buena acción” (eupraxia). Por lo tanto, la acción de educar no es una mera repetición mecánica o la obediencia a reglas estandarizadas que le son propias al trabajo técnico. Si bien hay aspectos “técnicos” en la acción educativa, estos no deben ser los que prevalezcan. Ya que en sus ejercicio, prevalecen otros los “artísticos” los que han de responder a los desafíos y necesidades individuales y en cada ocasión determinada. Esto, nos sitúa en el umbral bidireccional de la relación maestro estudiante. Lo que nos proponemos en el acto de educar, es promover el desarrollo de aptitudes y cualidades que sean fructíferos tanto para el educador, como para el sujeto a quien educamos. Dichas aptitudes y cualidades tienen un valor intrínseco. Así la educación es un proceso tendiente a realizar en el sujeto educable la libertad del espíritu, capacidad de pensar y querer como un ser consciente y dueño de sí mismo.



Tomando categorías prestadas en Kierkegaard: “El discípulo es la ocasión para que el maestro se conozca a sí mismo. El maestro es la ocasión para que el discípulo se conozca a sí mismo” (Kierkegaard, 2004: 40)

Frustración o Disfrute de la Filosofía

En una sociedad globalizada tecnológicamente y automatizada, muchos jóvenes y adultos hemos aprendido a aceptar la obviedad que acompaña nuestra cotidianeidad. Poco, nos asombramos, poco nos preguntamos: ¿por qué son así las cosas y no de otra manera? Parece ser que se ha implantado una especie de prohibición al preguntarse, asombrarse. Ahora bien, al preguntarnos por estos jóvenes y adultos que adquieren una formación docente, luego de realizar el aprendizaje específico y curso de filosofía incluido, se visualiza una carencia de coherencia entre la teoría y la praxis educativa. Dicha cuestión nos interpela y nos obliga a preguntarnos: ¿enseñamos filosofía o enseñamos filosofía filosofando? Aquí intentaremos ensayar posibles respuestas con el aporte de especialistas. Según el análisis de Cerletti. (Lamentablemente, el esquema cerrado *exposición (explicación)-verificación (repetición) de lo “aprendido”* está más extendido de lo que se pudiera sospechar) (Cerletti, 2008: 79).

Este encuentro con la filosofía se torna frustrante, pues no se hace posible la acción de filosofar. Por ende, se aprende filosofía desde los contenidos institucionales habilitados estatalmente para su enseñanza. En síntesis, fósil enmudecido asimilado sin sentido pedagógico. En cambio:

El esquema sugerido (problematización compartida – intento de resolución – nueva problematización compartida – nuevo intento de resolución - ...) es formal y abierto, ya que no indica el qué/cómo enseñar (en un sentido específico) ni cómo evaluar lo acaecido en un curso (Cerletti, 2008,79).

Los resultados obtenidos en clase pueden depender en gran medida de la habilidad del profesor y el ejercicio del diálogo. Por lo tanto, estaremos construyendo una comunidad de indagación, que brindará un ámbito libre y democrático. Y siguiendo, en la senda del pedir prestado parafraseando a Kohan sobre la conjunción que se presenta entre el



pensamiento de Deleuze y la educación. Donde se plantea la posibilidad de pensar sin puntos fijos, por medio de ciertos elementos:

Enseñar sobre lo que se investiga y no sobre lo que se sabe.

No sabemos cómo alguien aprende algo, hay algo de misterioso, de indescifrables, en los caminos que alguien transita para aprender lo que aprende.

La actividad del pensar-y el enseñar y aprender serían formar de pensar-no tiene que ver con la búsqueda de soluciones, sino con el trazado y la disposición de los problemas que esas soluciones buscan responder. (Kohan, 2007: 95)

Desde este ángulo se intentará formar profesionales capaces de transformar la sociedad desde el rol que le compete, es decir, formador de conciencias pensantes. Esta instancia de pensar, su estar siendo en el mundo y en su profesión. Por tal motivo ese ejercicio de pensar (*filosofar*), le posibilitará herramientas para generar transformaciones en lo individual y colectivo. En consecuencia, evaluar y evaluarse en su trayecto formativo desde la coherencia que proporciona el discurso gnoseológico a la praxis educativa.

La educación es emancipadora, en el sentido de Rancière, en la medida en que el estudiante llegue a poder verificar la igualdad de su inteligencia y su capacidad de aprender con la de cualquier ser humano. La identidad del estudiante es una posición discursiva en la que éste es capaz de verificar dicha igualdad y este poder es propio, así como de expresar su propia voz, su novedad en el mundo. Se trata más bien de centrar nuestra mirada en la problemática educativa suscitando ante ella una actitud filosófica. Se hace entonces necesario desarrollar un proceso de reflexión filosófica sobre los problemas educativos de nuestro tiempo y, en particular, de nuestra situación como latinoamericanos y argentinos. Este proceso no puede realizarse si no es dentro de la filosofía y dentro de la educación.

La propuesta formativa tiende a generar un estado de “movilización” teórica aportadas por los autores sobre las relaciones entre filosofía, educación y prácticas educativas, recortando algunas problemáticas que las muestran en toda su complejidad. Esta instancia de pensar, su estar siendo en el mundo y en su profesión, ha de intentar generar una actitud crítica, creativa y ética. Como así, un compromiso y responsabilidad



pedagógica que habilita el sentido político de la praxis educativa. Por ende, conlleva un disfrute de la filosofía “filosofando”. En síntesis, “seremos lo que debemos ser, nosotros mismos, y damos cuenta de ello o aceptamos la feliz esclavitud de la obiedad”¹.

¹ Nasimbera, Roberto. Aforismos, Escritos en prensa.



Bibliografía

Cerletti, Alejandro (2008). *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

García Hoz, Víctor (1973). *Principios de pedagogía sistemática*. Madrid: Rialp.

Kierkegaard, Soren (2004). *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*. Madrid. Trotta.

Kohan, Walter (2007). *Infancia, política y pensamiento*. Buenos Aires: Del Estante Editorial.